

La educación y el individuo

En una de las *Partidas* de Alfonso el Sabio, tan nutridas de finas observaciones psicológicas, se dice que «así como el niño se gobierna y se cría en el cuerpo de la madre hasta que nace, otro sí se gobierna y se cría del ama», durante el tiempo de su lactancia.

No se nos ocurrirá ciertamente negar la importancia capital que la naturaleza e idiosincrasia paterna y materna puedan tener en la organización fisiológica y psicológica del niño: quede esto bien sentado, para no desencajar el sentido de lo que sigue. Pero hemos de llamar la atención sobre el confusio-nismo admitido hasta poco ha entre las cualidades o defectos físicos, intelectuales o morales indiscutiblemente heredados, las meras predisposiciones y las influencias del familiar ambiente en la edad primera. Todas las dotes, los vicios, las determinaciones que paulatinamente van delineando el carácter de la persona en los tiernos años hasta grabar un sello indeleble en su frente se atribuían a razones de atavismo, a la ley de la herencia. Era muy cómodo, pero muy injusto. Sin embargo, así como modernamente se ha ido sentando en Medicina la convicción de que muchas enfermedades reputadas como transmisibles por herencia, no lo son generalmente sino cierta predisposición no más, y a menudo ni aún eso, puesto que se propagan por contagio, sea al lactar o por la convivencia del niño con sus padres, exactamente igual ocurre con las cualidades mentales y morales.

Adler afirma en «El conocimiento del hombre» que todas nuestras inclinaciones, rasgos y estigmas de nuestro carácter han sido determinados fatalmente desde nuestra niñez, no precisamente por la ley de herencia, sino por influjo del medio familiar e incidencias acaecida en los primeros pasos de nuestra vida, y lo corrobora con multitud de ejemplos y experiencias. Lo mismo sostienen otros doctores con respeto a la libido, modelada en cada individuo de por vida a tenor de los primeros estímulos e irradiaciones.

De lo dicho se desprende la importancia capital, definitiva de la educación en el individuo para su vida entera; no solamente en lo que supone de adquisición de conocimientos valiosos como instrumentos de trabajo y consecución de sus naturales fines, como son las salidas múltiples que ofrecen las carreras o bien la capacitación para desempeñar tal o cual puesto en consonancia con la ilustración adquirida, artes o disciplinas poseídas, sino tanto o más en lo que se refiere a la estructuración y desenvolvimiento de su individualidad, su peculiar psicología. Esta se forma de una manera más inconsciente, invisible, en cierto modo por reflejo y muy lentamente; pero no dudamos tiene aún mayor importancia que el otro aspecto, toda vez que —no nos cansamos de repetirlo— lo que hace el hombre, sea quien fuere, no es la ciencia sino el carácter; no son tantos los conocimientos allegados de una manera adventicia, como algo superpuesto al azar, cuanto las cualidades morales que le han movido a desarrollar el propio esfuerzo y realizar una serie inacabable de trabajos para la asimilación y acrecentamiento de ese saber, su mejor valoración y su orientación en la vida. ¿No se ha dicho, y con razón, que «el genio es una larga paciencia»? Hablando otro escritor del orador modelo dice con singular acierto que su educación es obra de «trabajo infinito y meditación incesante».

Basta, pues de citas, que creemos ilustran ya cumplidamente nuestro aserto. ¿No nos decidiremos en vista de todo esto a preocuparnos seriamente por la educación de la juventud: los dirigentes desde sus puestos de acción, y los jóvenes, por su parte, laborando denodadamente en su propio perfeccionamiento? Por todos los medios a su alcance que en nuestros días son muchísimos, aunque hay que saber coleccionar, a causa de la enorme difusión de la cultura y sus medios va-

SILUETAS BELICAS

Los Evadidos

Pensando en un ameno vallecillo, todo cubierto de amapolas rojas y de florecillas amarillentas, se llega a una colina coronada por altos y copudos árboles. A su sombra hay algunos soldados sesteando. Más allá, un oficial limpia su pistola. Es la hora del mediodía y los rayos del sol pesan como plomo derretido. Cientos deavecillas, saltarinas y volatineras, parlotean chillonamente. Canta también blandamente el agua de un remanso regato. Apenas se oye un tiro. En las trincheras, los soldados vigilan y cantan. De pronto, un hecho insospechado, casi inverosímil, nos llena de asombro. Se oye un nutrido paqueo y una ametralladora tabletea furiosamente. ¿Que ha podido ocurrir para que las tropas enemigas rompan el silencio del frente? Un Comisario nos saca de dudas:

—Es que cinco soldados han saltado los parapetos fasciosos con el ánimo de pasarse a nuestras filas.

—No es posible, argulle uno. A estas horas es un verdadero disparate intentarlo.

—Sin embargo, continúa el Comisario, así ha sido. Han creído cogerlos desprevenidos y de los cinco que han intentado sacudir el yugo, solo dos han llegado a nuestras líneas y, por cierto, uno herido de bastante cuidado, al parecer.

Efectivamente. Una ambulancia recoge al luchador que, al querer recuperar su libertad, tropezó con las balas mercenarias. Interrogamos con ansiedad al otro y éste nos dice:

—Era muy grande el deseo de pasarnos con vosotros. Y de noche, esto es casi imposible, pues los jefes extreman su vigilancia de tal modo que no hay manera de poder burlarlos. Por eso hemos huído ahora.

Los otros tres encontraron la muerte al buscar la libertad. Miramos por una tronera y, a unos cuarenta metros de nosotros, al pie de una roca circundada de amapolas, yace, boca arriba, uno de ellos, con un cuajarón de sangre en el pecho que, bajo el sol ardiente, parece una amapola más, brotada del corazón del infortunado muchacho. A los otros dos no logramos verlos.

El hecho, inesperado por la hora, motiva comentarios animados entre los soldados. Otra vez el frente ha recobrado su calma y otra vez solo se escucha el rumor del agua del arroyuelo y la música de los pájaros. Por un «camino cubierto» salimos de las trincheras y de nuevo cruzamos el vallecillo cuajado de flores. La escena nos ha impresionado hondamente. Pensamos en la tragedia íntima de tanto joven, obligado por las circunstancias a empuñar las armas contra sus hermanos de ideas; pensamos en el dolor que a tantos seres humanos ha ocasionado las ambiciones de unos pocos; pensamos en el desgraciado muchacho que queda, allá arriba, en su lecho de amapolas, con el pecho ensangrentado.

Un obús silba por encima de nuestras cabezas. Y allá lejos se oyen las notas de «La Joven Guardia».

Crayon

riadísimos de expansión, deben poner manos a la obra

Naturalmente los más llamados a esto son los que frecuentan un Centro docente en esa edad en que el espíritu es blando como la cera, el optimismo, ilimitado y el esfuerzo, un placer. No olvidemos que los maestros y educadores, cuya función es vital, solo pueden en esa labor de orientación obrar indirectamente, pues por desgracia no existe la ciencia infusa ni tampoco es factible inculcarla por procedimientos violentos, incrustándola a martillazos en el cerebro, sino por insinuación y sugestión, por una lenta impregnación. De ahí que propiamente cada cual ha de ser «el artífice de sí mismo».

Aristarco

Visado por la Censura